

The background of the cover is a grayscale map of a city street grid. Several street names are visible, including 'mos', 'flechas que', 'y deberá ser pr', 'c', 'y mencionan las ce', 'and', 'por razones de', and 'una línea punteada'. There are also large arrows pointing in different directions. Overlaid on the map are several abstract, high-contrast black and white shapes, including a large, dark, irregular mass in the center and a jagged, red, branching shape on the right side.

GUSTAVO GAREIZ

ALGUNOS PECADOS SUBURBANOS
CUENTOS

Sumun

CONTENIDO

<i>Prólogo</i>	III
<i>Las caries</i>	2
<i>Infiltrado</i>	23
<i>El niño perdido</i>	33
<i>El tubo</i>	51
<i>Geppettos</i>	74
<i>Sobre el autor</i>	85



LAS CARIES

Siempre envidié la salud bucal de mi primo Mariano. “Yo nunca me lavo los dientes” me decía. Algo que yo no podía creerle. Nunca mal aliento. Nunca una mancha. Cómo lo lograba, imposible saberlo. Tan imposible como entender qué nos había sucedido.

La ciudad era parte del pasado para los que ahora estábamos en Las Afueras. Sí, ese era el nombre que las autoridades habían elegido para designar a todo lo que no estuviera ahí, en El Fuerte. “Santa María de los Buenos Aires” ya no tenía nada del nombre que alguna vez había pensado la afiebrada cabeza de los españoles que llegaron en busca de plata.

Fiebre. Eso era lo que yo tenía de muy chico según mis viejos y algunos cuantos testigos estratégicamente seleccionados. Mucha fiebre. Por eso los antibióticos, la pérdida de esmalte en los dientes, la debilidad de las encías. Por eso el

descuido. Porque no se cuida lo que no se puede retener.

Buenos Aires empezó a infectarse cada vez más con el descuido. Era una mancha de podredumbre que parecía no poder detenerse. A menos que se tomaran medidas extremas. Ya había pasado el tiempo de perseguir y matar a los *sintecho*, de promover hasta el paroxismo el *home office*, de intentar que la *Gran Renuncia* fuera más allá de dejar el trabajo que te hacía subir a los *bondis* y a los trenes y subtes por muchas más horas de las que te permitías dormir.

El virus fue la excusa perfecta. Nadie que viniera de más allá de los límites de la ciudad podía entrar si no iba a permanecer de manera indefinida. Si eras del Conurbano, tenías solo dos opciones: permanecer en tu pobreza o sobrevivir bajo el yugo de la ciudad y los *fuertenses*.

Recuerdo al último dentista al que mis viejos me habían llevado. Quedaba en Liniers, ahí en los límites con el *Conurba*. O eso, al menos, de decían mis padres y sus testigos. “Queda muy lejos”, escuchaba decir a mi madre.

“Es mucho viaje... Total, si tiene problemas con los dientes, se los arregla o se los saca”. Mariano había tenido más suerte en el reparto de Padres Preocupados por las Dentaduras.

Llevado desde pequeño a los mejores dentistas de la ciudad, en la etapa “Pre Fuerte”, Mariano supo desarrollar una dentadura impecable, inmaculada. “Inmaculada”, *«sin mancha»*, eso mismo. La ciudad aún no sabía qué se estaba cocinando en las oficinas gubernamentales “en aras de la paz social y el sostenimiento de nuestra democracia”: El Fuerte.

Creo recordar una vieja historia, acerca de dos hermanos que son sorprendidos husmeando en el viejo fuerte (el primer fuerte) de los expedicionarios de Mendoza tratando de hacerse de algo para comer. Uno de ellos termina comiéndose accidentalmente a su propio hermano. Y entonces, decide escapar del fuerte hacia una muerte segura en manos de los indios.

Yo mataría a Mariano, pero no para comérmelo, sino para arrancarle los dientes, uno por uno. ¿Para qué los quiere si hoy toda la

comida es ultraprocesada? Tener una suerte que, finalmente, resultaba inútil. Esa era la paradoja de Mariano. Y yo era un cazador de paradojas. Pero, ¿era eso lo que me convertiría en un asesino?

La ciudad había comenzado a pudrirse. O quizá, siempre había estado podrida. Ahí dentro estaba Mariano, con su sonrisa inerte y sus logros de *coach*. Sus padres le habían legado una parcela en uno de los pocos lugares que estaban contruidos en una planta, junto al río. Así de paradójica era la fortuna del hijo de Marisa y Darío, contadora y abogado respectivamente. ¿Sabría Mariano los sinuosos caminos que habían recorrido sus padres para estar donde estaba? ¿Existía dentro de él la culpa? Una culpa que ninguno de los habitantes de El Fuerte parecía experimentar. Si realmente él no sintiera culpa, eso era algo que también tendría que envidiarle.

Mis dientes empezaron a carearse, según me dijeron en mis primeros años de adultez, en un consultorio escondido en una casa en ruinas pintada con látex sintético y una evidente muestra de falta de adecuación a la tarea. Era una especie

de “mutual”, de esas en las que pagás una cuota módica por un aún más módico servicio. “No había para más” me decía.

Faltaba poco para “La Redistribución”.

El dolor en una de mis muelas era insoportable el día que comenzó. La distancia de mi casa hasta los márgenes de El Fuerte era suficiente como para que no me preocupara por tener que moverme. Tampoco la cantidad de vecinos que rodeaban mi unidad habitacional. Pasaría poco tiempo hasta comprobar que el problema no era ni por mucho un tema demográfico. Las autoridades habían decidido terminar con la infección del conurbano en la capital. El patrón era, además de obvio, implacable: ningún trabajador que viajara desde más allá de la línea del muro podía volver a partir del inicio de La Redistribución; así, nadie que cobrara el equivalente a menos de dos sueldos mínimos podía permanecer dentro la ciudad; nadie podía visitar nunca más a ningún familiar ni amigo fuera de El Fuerte, excepto que solicitara irse para no volver jamás.

Los padres de Mariano le legaron una hermosa casa hacia el centro de la ciudad redistribuida. Cuando la separación entre el afuera y el adentro se tornó inevitable, nada parecía poder interrumpir el accionar de los policías, convertidos en guardianes del muro si su escalafón era inferior al de oficial. Salvo unas pocas excepciones, habían sido estimulados a radicarse en la ciudad con un plan de viviendas que, lógicamente, quedaba a cinco minutos a pie del límite de El Fuerte. Es decir, de su yugo de piedra.

En Las Afueras, nuestro nuevo territorio, las primeras noches transcurrieron con relativa calma. Pero lo que había empezado como un simple cambio de denominación pronto se transformaría en un sinónimo del mismísimo infierno.

Había leído historias distópicas que hablaban de cataclismos, inundaciones, pestes y toda clase de miserias apocalípticas. Pero lo que ninguna de esas historias decía era que el monstruo estaba en realidad dentro de nosotros. Y había un monstruo dentro de mí: solo faltaba descubrirlo.

El primero de los muertos fue un borracho que se había quedado dormido dentro del Fiat 1500 de Guido, el vecino de la otra cuadra. La red *N&E* era la única que podía verse para ese entonces y, progresivamente, fue llenando sus posteos de noticias aterradoras sobre invasores expulsados de El Fuerte y de sus alrededores. Esto era por demás verosímil ya que las autoridades habían delimitado un perímetro de veinte kilómetros a la redonda como “Área de Exclusión”. Cuando escuché por primera vez el nombre de ese muro *virtual*, sentí cómo la comisura de mi boca, de lado derecho, se contrajo casi hasta el límite mismo de un calambre por mi reacción sarcástica. Era la primera vez que se transparentaba que había “*deseables*” e “*indeseables*”.

El día de mi primer asesinato, había dormido muy poco. Estaba tenso y convencido de que en cualquier momento alguien podría llegar hasta mi casa, tomarla y matarme. Eran ellos o yo. La noche era incómodamente calma, como si pretendiera ser el presagio de un camino espinoso y en picada.

Nunca volvería a sentir con tanta claridad un aviso como aquel.

Los teléfonos ya tenían muy mala recepción para ese entonces, pero en un momento de estabilidad de la señal, un mensaje de Guido llegó a mi número: *“Hay un tipo arriba de mi auto... Parece dormido”*. Mi primera reacción fue la de relativizar la situación. Guido era el tipo más fanático que pudiera existir con respecto a su *“nave”*.

Le dije a Guido que se tranquilizara, que yo iba a encargarme. Sabía él de mi pasado como *coach*, algo que ahora no tenía el más mínimo valor, salvo para mi asustado vecino. Le dije que volviera a su computadora, que siguiera nomás con sus tareas, que yo podía resolver el problema solo.

Había leído más de una vez las crónicas de asesinos seriales, sujetos aparentemente “normales”, que, de un día al otro, se transformaban en “enemigos públicos”. Ese título se lo debían a su nómina de muertes y a la violencia con la que ultimaban a sus víctimas. Yo no quería ser reconocido por nada. Al contrario,

pretendía hacerme de una perfecta y consolidada categoría de “anónimo”. Las muertes iban a ser una cuestión mía y solo mía.

Me cercioré, en primer lugar, que el borracho estuviera desarmado y desprovisto de cualquier objeto que pudiera servirle de defensa. Indefenso como estaba, me decidí a probar el truco de un mafioso de esos de la televisión de los viejos años noventa, quien harto de su primo o sobrino –ya no logro recordarlo– aprisionaba con paulatina firmeza la nariz de su familiar dormido. Para cuando intentaba despertar, ya era tarde: el aire en sus pulmones ya no entraba y moría asfixiado.

Aún no sabía cómo iba a matar a Mariano. Lo que sí podía ir visualizando era la satisfacción, indescriptible con aquella primera muerte, de experimentar lo que podía considerarse “justicia”. El patio de mi casa sería el lugar donde permanecerían los testimonios de mis veredictos: “Todos culpables”. Las sentencias eran el verdadero problema.

Junto al borracho al que siempre iba a recordar como “mi primera sentencia”, enterraría semanas

después a Clara, una petisa de pechos grandes y voz muy aguda cuyo crimen había sido el “cuidado excesivo del interés personal en detrimento de otros”.

Clara había sido expulsada de El Fuerte. En alguna de las charlas que mantuve con ella, solo para reunir argumentos para sentenciarla, me contaba de su madre, su enfermedad, la manera en la que había vivido sus últimos días. Superada la etapa de la reacción al *cliché*, sentí algo parecido a una atracción hacia ella, un tipo de convicción lo suficientemente profunda en cuerpo y mente de que Clara podría ser la compañera que necesitaba para curarme el resentimiento. Un resentimiento que, para esas alturas, estaba carcomiéndome el alma más que las caries a mis dientes.

La decisión de sentenciar a Clara llegó el día que decidí compartirle mi tremenda frustración por el mal reparto de las bondades de la vida. Nada tuve en cuenta lo mal que ella también había salido en dicho reparto, ni lo bastante que ya parecía importarme, ni lo vivo que me sentía cuando el sexo hacía pensar en algo que se pareciese al amor.

Ella estaba mirando por una de las ventanas la caída del sol y, sin mirarme siquiera, respondía con su batería de frases hechas a cada sensación o sentimiento que iba compartiéndole sobre el porqué de mi forma de vivir o de las decisiones que estaba tomando. Su postura era una rara mezcla de soberbia y vulnerabilidad, casi como si tratara de una representación en mármol de una diosa griega, poderosa como símbolo, pero frágil en su materialidad.

Cuando la enterré, todavía mantenía ese gesto en los labios de suficiencia, como si ni la misma muerte pudiera alterar su delito, como si el haberle roto el cuello no resultara bastante como para detenerla en su desvío.

A Clara le siguieron unas cuantas muertes más. Todas debidamente justificadas. Todas sumamente cuidadas en su ejecución. No se trataba de hacer sufrir al sentenciado, sino de mantener el poco equilibrio que le quedaba al pedazo de Las Afueras. Ese que ocupábamos junto a cada vez menos exiliados.

La lógica de un verdugo es extraña. En algún punto, experimenta placer taxativo al cumplir con su obligación, a expensas de una autoridad que ha determinado que un pobre infeliz muera por alguna transgresión. Y él, como verdugo, es quien da cumplimiento efectivo a la condena. Pero, como en un gesto casi hipócrita, se tapa el rostro, o ejecuta la pena desde otro lugar, activando la inyección letal o el mecanismo que dé muerte, como si eso lo eximiera de la culpa por matar a otro semejante.

Quizás por ello no me consideraba un verdugo. Quizás por ello me convencí de que, en realidad, lo que estaba haciendo era preparar el camino hasta Mariano, el habitante de El Fuerte, el primo cuya fortuna en el reparto del universo le había dado unos padres geniales y unos dientes que eran testimonio de esa buena suerte. Pero matar en Las Afueras era una cosa (de hecho, casi que hasta estimulada como un “genocidio por goteo”); hacerlo dentro de El Fuerte, aun perteneciendo a la clase de los elegidos, representaba otro desafío.

El Fuerte había sido diseñado no como una fortaleza, no como una cárcel del tipo *country*, sino como una isla de cristal, dejando unos veinte kilómetros de zona de exclusión entre los muros que lo limitaban y el inicio de Las Afueras. La “isla” tenía al Río de la Plata y al Riachuelo como límites al este y al sur. Al norte y al oeste, un mar de escombros y viviendas abandonadas.

El cuerpo de seguridad que franqueaba la zona de exclusión no ejercía un control abierto y permanecía escondido en las edificaciones, ejercitándose como *snipers* de la más alta alcurnia. Que les pagaran por productividad terminaba siendo lo obvio, dejando testimonio de su labor desde la cámara de sus cascos. Evitar la balacera, llegar hasta el muro, burlar la seguridad del perímetro, entrar en la ciudad de cristal, todo eso, sin ser detectado, podría resultar muy difícil.

Las miras de láser eran más detectables en la noche, profunda desde que las autoridades habían determinado eliminar todo alumbrado público en los veinte kilómetros de extensión que tenía la zona de exclusión, entre los muros de El Fuerte

y Las Afueras. Incursionar en ese territorio de día no era opción, pues se era más detectable para los francotiradores, al tiempo que las miras láser no podían ser vistas. Los integrantes del cuerpo de seguridad tenían, además, viejas gafas de visión nocturna, remanente de antiguas guerras que ya no era rentable tener salvo, claro, contra los propios habitantes. Entre los exiliados teníamos una leyenda urbana: una versión subvertida de la OMS había resignificado su presupuesto, dejando de comprar medicamentos y suplementos alimentarios para los desnutridos del mundo y que, en casos como el nuestro, había donado toda la infraestructura necesaria para sostener proyectos como La Redistribución. La ciudad habría participado de un concurso con otras megalópolis descontroladas. Y había ganado.

Mariano estaba alojado en una de esas peceras con vista al río, un espacio habitado por gente tan detestable como él, cuya única razón para estar allí era o un árbol genealógico “*deseable*” o un aún más deseable patrimonio. En cuestiones de vegetación filial, nada podía falsearse con las regulaciones de

las autoridades que sabían, incluso, hasta el PH de tu sudor o tu saliva. Ahora bien, en cuanto a patrimonio, su origen poco importaba. Solo bastaba con tener una cuenta bancaria acorde a los requerimientos para ser elegido.

Mariano estaba condenado a ser elegido. Lo imaginaba dentro, rodeado de todas las comodidades, sobrado de recursos, feliz. Su crimen era ese: ser feliz a costillas de la infelicidad de millones. ¿Había condena suficiente para eso? ¿Qué tan efectiva era la condena que yo, como su verdugo, podría darle? ¿No había cierto grado de soberbia de mi parte en querer ser quien lo castigase?

Llegarme hasta los confines de El Fuerte resultaría mucho más simple de lo pensado. Poco importaba si lo sencillo de mi empresa se había debido a mi habilidad para escabullirme del cuerpo de seguridad de la zona de exclusión, o si, más bien, tal cuerpo no era más que otro mito o si los guardianes estaban descuidando excesivamente su tarea. Como fuese, el camino entre las ruinas del “Primer cordón” fue un viaje tan revelador

como inquietante. Allí, alguna vez, habían vivido personas, seres humanos cuyo único *“pecado”* era el de la pobreza y la ausencia de *“calificación filial”*. Yo era uno de esos pecadores y en nada estaba interesado en redimirme. Si ya estaba en pecado, solo bastaba hacerme cargo de esa condición.

Llegué hasta el punto ciego de los grafitis, uno de esos lugares donde el hastío y la frustración se convierten en algo parecido al arte. Ya era tarde; nada podía verse ni leerse claramente. Empezaba a creer que lo único que separaba al interior del exterior de El Fuerte era tan solo una barrera hecha de mitos y de habladurías. De pronto, mi noción acerca de lo que era la vida de Mariano y todos aquellos a los que odiaba solo por estar *“dentro”* comenzaba a ser puesta en duda. Pero ya estaba ahí y solo teniendo delante a Mariano y a todo lo que él representaba para mí podría darme cuenta de si aún quería matarlo.

En el punto ciego existía una grieta que por algún motivo nada ni nadie evitaba usar. Por ella, se podía atravesar lo que, se suponía, era un muro *“inviolable”*. Para entonces, ya tenía una convicción

lo bastante firme sobre las mentiras que en Las Afueras nos contábamos para resignarnos y nadar en nuestra cobardía. Así, consciente y lleno de valentía entré a la ciudad sin que ningún obstáculo saliera a mi paso. El único obstáculo, si yo lo permitía, eran mis propias dudas. Dudas que pretendían hablarme con su cuchicheo mientras avanzaba a paso firme.

Eran las dudas las que golpeaban mi cabeza desde adentro cuando, de pronto, todo se volvió oscuro. Otro golpe, pero desde afuera, fue el que desmayaría, quizá por algunas horas. Al abrir los ojos, sentí el rastro de la sangre sobre mi nuca. Era sangre que estaba ya a punto de secarse, sin que siguiera manando de la herida que aún dolía. En lo borroso de mi visión, todavía afectada por el dolor y el desmayo, una voz adulta salía desde un rostro que se negaba a mostrarse:

- ¿Querías morir, che?
- ¿Quién sos hijo de puta? ¿Qué carajo querés?
- Más respeto con mi madre, querido. El problema acá no es lo que yo quiero,

me parece, ¿no? El problema es lo que vos querías hacer. ¿Querías visitarme para hablar de los viejos tiempos?

- ¿Mariano...? ¿Sos vos, Mariano...?
- Tanto tiempo, che. Tuve que bajar rajando de la torre de control para evitar que te agarraran. Y mirá que estaba justo en mitad de algo. La verdad es que no tengo mucho tiempo. Así que vamos a resolver esto rápido.
- ¿Torre de control? ¿Qué?... ¿Sos un botón de estos soretes ahora?
- Amigazo... Yo que vos empezaría a cuidar un poco la cloaca de boca que tenés. Por ser un “*botón*”, como decís, es que todavía estás respirando. Disculpá el golpe. Si usaba la *Taser*, hubiera quedado registro. Como te dije, estoy a mitad de algo.
- ¿Estás arrepentido de estar acá adentro, che? Ja... ¿Qué te pasó, Marianito?...
- Lo único que voy a decirte es algo que tiene que morir acá. Tenés dos opciones: borrarte para siempre solito, sin necesidad de que

te mate; o que te borre para siempre yo, con una razón oficial. Léase: “*En ocasión de amenaza patente al orden y la seguridad de El Fuerte*”.

- No te creo, sorete... ¿Vos? ¡Milico! Ja... ¿Desde cuándo? ¿Qué pasó con tu “*estatus*”? ¿Te viniste abajo, Marianito?
- Al menos, yo mato con una razón legal. O mejor, por una razón trascendental, che. ¿Qué razón tenés vos para andar matando gente por ahí? ¿Tan abajo te viniste que te hacés el Dios ahora?

— ¡Qué carajo sabés vos, pedazo de hij...!

Lo que siguió fue otro golpe, más fuerte, más enfocado en la fuente de las palabras que ya no podía decir, porque era mi boca la que estaba ahora sangrando, mientras escupía los dientes que ya estaban flojos. Esperaba el golpe de gracia, pero nada de eso finalmente ocurriría.

Cuando desperté, el dolor en mi boca era insoportable. Junto a mí, un papel arrugado y manchado de sangre terminó por desarmar mi plan:

*«Si estás leyendo esto es porque vos
quedaste vivo y yo ya estoy muerto.
Volvé por donde viniste. Borrarte. Es
mejor no saber.»*

Me sentí frustrado antes que aliviado. Quería matarlo yo al muy desgraciado. La oscuridad del encierro me impedía ver los daños que había dejado en mi rostro la golpiza del tipo que, por alguna razón, decidió salvarme.

La caries ya no estaba en mi boca, estaba en el alma de la ciudad. Nada de lo que yo hiciera iba a parar la podredumbre.

Cerré los ojos esperando la muerte. Esa era mi condena.